

Capítulo 1

DE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA A LOS SIGLOS MEDIEVALES

Esquema de contenidos

1. Introducción.
 2. Debilidad y decadencia del Imperio romano.
 3. Incursiones de los llamados pueblos bárbaros.
 - 3.1. Hunos.
 - 3.2. Suevos.
 - 3.3. Vándalos.
 - 3.4. Burgundios.
 - 3.5. Godos.
 - 3.5.1. Visigodos.
 - 3.5.2. Ostrogodos.
 - 3.6. Francos.
 - 3.7. El reino lombardo.
 - 3.8. Anglos y sajones.
 4. Organización política y legislación.
- Bibliografía específica.

1. Introducción

El paso de la Antigüedad a la Edad Media fue el resultado de una larga evolución, por lo cual el período comprendido entre los siglos IV y VIII se le denomina actualmente como Antigüedad Tardía, frente a la tradicional denominación de Alta Edad Media. Desde el momento en el que el Imperio romano finaliza, se emprende un largo camino hacia la Edad Media, período esencial en el que se pondrán los cimientos y se inicia el posterior

desarrollo de lo que será Europa, según el criterio de los estudiosos de esta etapa histórica.

En opinión del profesor de la Universidad de Viena, Michael Mitterauer, el territorio comprendido entre el Rin y el Sena, coincidente con lo que será el reino carolingio, durante los siglos VIII y IX, fue el centro de una dinámica social, cuyas repercusiones se mantienen hasta el presente. A través de las investigaciones realizadas, se puede afirmar que a lo largo de la Alta Edad Media se produjo una transformación del elemento espacial y social que habría de tener profundas consecuencias.

2. Debilidad y decadencia del Imperio romano

Aunque se establece la fecha del año 476, en el que se depuso al último emperador romano, como un posible momento en el que comienzan los llamados siglos medievales, bien es verdad que ya a lo largo del siglo III surgen acontecimientos que van a traer cambios significativos, la demografía cayó de modo significativo debido a la falta de higiene motivada por sucesivas pestes y guerras; así como por los sucesivos cambios climáticos que se sucedieron. Por entonces, el Imperio romano empezó a manifestar signos de debilidad al no poder hacer frente a su fragmentación política motivada por la presencia de fuerzas exteriores, llamadas en muchas ocasiones por el propio Imperio con el objetivo de poder gobernar y controlar todo su territorio como consecuencia de la fuerte crisis interna que sufría que motivó el cese de las actividades mercantiles dentro de sus fronteras y que también propició la supresión de su expansión militar en el exterior; de tal forma que llegaron a entregar parte de sus poderes a los *barbari*, por lo que muchos de sus generales eran y tenían nombres germánicos.

Roma dependía de productos importados, lo que suponía una fuerte salida de dinero en efectivo que no se alcanzaba con la venta de sus propios productos. Las reformas militares y administrativas emprendidas por los emperadores Diocleciano (284-305) y Constantino I (306-337) no fueron suficientes para paliar esta situación, por lo que el conjunto de artesanos, pequeños propietarios y comerciantes sufrieron sus consecuencias, y su empobrecimiento les hizo abandonar la ciudad para instalarse en zonas rurales *villae*, especialmente en los latifundios aristocráticos. El mundo de los siglos altomedievales se convirtió en un mundo fundamentalmente rural, produciéndose como consecuencia un debilitamiento de las estructuras urbanas, pues, aunque la ciudad seguía siendo el centro de la vida política y económica su organización fue diferente, ya que todas las activida-

des artesanas, anteriormente desarrolladas en torno a los núcleos urbanos, se trasladaron a las áreas rurales.

Como consecuencia de todo ello, desaparecen los pequeños propietarios rurales, los campesinos se adscriben a un gran señor, aumentándose la formación de grandes latifundios y los lazos de protección, debido a que durante el Bajo Imperio se aumentaron los impuestos sobre la posesión de la tierra, como consecuencia de la necesidad que tenía el Imperio de recaudar dinero para comprar la fidelidad de las tropas y para hacer frente a los pueblos que amenazaban el Imperio, y también, para asegurar el abastecimiento de las grandes ciudades, de manera especial, de Roma. La sociedad, en suma, se fue haciendo más desigual.

Las reformas emprendidas por Diocleciano no sólo no tuvieron éxito sino que muchas fueron contraproducentes; fue el primer emperador romano que dejó voluntariamente su cargo, agudizándose la crisis a lo largo del siglo IV, durante el cual se produjeron diversas revueltas campesinas tanto contra los grandes propietarios como contra el Estado romano, como sucedió en Hispania, la Galia o el Norte de África donde tuvo lugar la rebelión de los *circumcelliones*, ligados a corrientes espirituales de signo rigorista (donatistas). Al mismo tiempo aumentaron las revueltas, *bagáudicas*, caracterizadas por una fuerte reivindicación de una identidad “indígena” y rural en oposición a la cultura urbana romanizada; este grupo estaba integrado por pequeños agricultores y pastores libres, a quienes se habían unido soldados desertores y algunos bandoleros, cuyos movimientos más significativos tuvieron lugar en Hispania y la Galia.

Los romanos, como hemos dicho, se pusieron en contacto con diversos pueblos que estaban situados más allá de sus fronteras, al norte del Danubio y al este del Rin, mayoritariamente germánicos pero pertenecientes a etnias diferentes, pero que en gran parte habían tenido un origen común y a los que se les conocía con el nombre genérico de *barbari* (extranjeros).

Algunos de estos pueblos se establecieron en territorio del Imperio en calidad de *foederati*. Ya desde tiempos de Augusto se había producido la entrada de germanos en las filas del ejército romano, primero como auxiliares y, más tarde, en puestos de mayor responsabilidad, como *magister militum*, modificando el arte de la guerra al actuar con mayor ligereza. No obstante, el elemento bárbaro era inferior numéricamente al romano, y únicamente conservan su título de *rex* dentro de su propia comunidad, manteniéndose las estructuras fiscales y administrativas del Imperio romano.

A lo largo de la crisis que sufrió el Imperio romano en el siglo III, Roma controló el avance de estos pueblos *barbari*, pero a lo largo del siglo IV la invasión o la migración de los pueblos dentro del Imperio fue un hecho irre-

versible. En el año 330, Constantino funda la ciudad de Constantinopla, la “Nueva Roma”, para regir el Imperio desde Oriente donde estaba la riqueza. Era el preludio de la fundación de dos Imperios: el de Oriente y el de Occidente. No obstante, Roma dejará de ser la capital de Occidente, pues la corte imperial se trasladó a Milán, convirtiéndose en el siglo IV en el centro del mundo occidental.

También en el siglo IV se produjo el triunfo de la Iglesia cristiana, aunque ya los cristianos habían disfrutado a lo largo del siglo III de una cierta tolerancia, pero esta se vio interrumpida durante los gobiernos de Decio (250-251) y de Valeriano (257-260) al obligarles ambos emperadores a realizar de nuevo los ritos paganos, y también, poco después, durante el mandato de Diocleciano, cuando sufrieron una sangrienta persecución en los años 303 y 311, pero que no logró que desaparecieran. La situación de los cristianos cambió con la llegada al poder de Constantino el Grande que puso fin al gobierno de la Tetrarquía, sistema de gobierno de época romana, después del enfrentamiento que mantuvo con su competidor y enemigo, el emperador Majencio, en la batalla del Puente Milvio, al norte de Roma, el 28 de octubre del 312, en la que Majencio murió ahogado al intentar cruzar en su huida el río Tíber. La victoria de Constantino se atribuyó, según la narración de Eusebio, obispo de Cesarea, a la intervención divina en la que supuestamente el emperador vio una cruz con la leyenda “*por este signo vencerás*”, hecho que se asocia a su conversión al cristianismo. De tal forma que, al año siguiente, Constantino y el gobernador de Oriente, Licinio (308-325), promulgaban el “Edicto de Milán” (313) mediante el cual decretaban libertad de culto para sus súbditos, por lo que desde entonces los cristianos gozaron de la tolerancia estatal, aunque, el Imperio romano no había abandonado todavía su paganismo oficial. Los descendientes directos del emperador Constantino actuaron como sinceros cristianos, con la excepción de Juliano (361-363) apodado por los cristianos “el apóstata”. Siendo el emperador Teodosio I el verdadero propulsor de que el cristianismo se convirtiese en la religión del Estado, al promulgar el “Edicto de Tesalónica” en el año 380, mediante el cual se acepta el cristianismo, en su versión ortodoxa, como la única fe del Imperio romano, quedando proscritos el paganismo, tolerado hasta ese momento, y la herejía.

En el año 376, estos pueblos, étnicamente heterogéneos pero llamados en su conjunto *barbari*, comenzaron a reunirse en la orilla norte del Danubio, siendo muy numerosas las incursiones protagonizadas por francos y alamanes que saquearon durante años las provincias del Imperio e hicieron violentas incursiones por la Galia, Hispania, Italia y el Norte de África, llegando a imponerse a pesar de los esfuerzos realizados por los emperadores para contenerles. Así sucedió cuando el emperador Valente (364-378) trató de impedir el paso de los godos, quienes presionados por los hunos y acu-

ciados por el hambre, ya que la negligencia de la administración imperial no les había proporcionado los alimentos que habían pactado en el acuerdo de asentamiento, habían cruzado la línea del Bajo Danubio, sufriendo una terrible derrota en las cercanías de la ciudad de Adrianópolis (Edirne), Tracia, el 9 de agosto del año 378, donde el emperador perdió la vida junto a dos tercios de su ejército, en su mayor parte de infantería, puesto que la mayoría de los jinetes pudieron huir. Este enfrentamiento pasó a la Historia como uno de los mayores desastres que sufrieron los romanos; pues, como consecuencia de esta derrota, innumerables pueblos *barbari*, godos, alanos y hunos, se adentraron en la parte oriental del Imperio sembrando el pánico pues saqueaban y destruían todo lo que encontraban a su paso.

No obstante, el emperador Teodosio I el Grande (379-395), cuyo nacimiento se sitúa en Hispania en el año 347, logró de manera provisional un acuerdo con los godos en septiembre del 382 mediante el cual se les permitía su establecimiento en Mesia (Bulgaria). Los godos, establecidos dentro del territorio romano estaban obligados a luchar por el Imperio sin estar integrados en las fuerzas romanas, para defenderle de los otros pueblos barbaros que, pacífica o violentamente, iban cruzando el *limes*. Por consiguiente, pasaban a ser formalmente amigos del Imperio romano. Teodosio demostró ser un hábil diplomático y estratega, pues logró romanizar y convertir en sus mejores tropas a los godos que habían derrotado al emperador Valente. Teodosio I fue el último emperador que gobernó todo el Imperio romano desde el 392 al 395, pues anteriormente había compartido el poder con Graciano y Valentiniano.

A la muerte de Teodosio en Milán, en el año 395, el Imperio romano se dividió entre sus dos hijos, Arcadio y Honorio, hijos de su primera esposa, Aelia Flavia, también hispana: Arcadio a quien había asignado el gobierno de Oriente (383) con capital en Constantinopla, y Honorio que gobernaría el Imperio romano de Occidente (393), manteniendo la sede en Roma, con el fin de poder hacer frente a las amenazas externas y facilitar las comunicaciones y el transporte.

Ambos promulgaron conjuntamente una "*Ley de Hospitalidad*" en la que se reglamentaba la forma en que las familias germanas asentadas en el Imperio habían de disfrutar de parte de los bienes de las familias romanas que les hubiesen acogido. No obstante, desde Constantinopla se desviaban con gran habilidad hacia Occidente a las sucesivas oleadas de invasores, por lo que, entre otras causas, el Imperio romano de Oriente logró sobrevivir, mientras que Roma sucumbió. Tal fue el caso de los Hunos y sus aliados, quienes estando acantonados en Oriente se dirigieron hacia el oeste, desencadenando la gran ola migratoria de finales del siglo IV.

3. Incursiones de los llamados pueblos bárbaros

A lo largo del siglo V las incursiones bárbaras, procedentes del norte, provocaron una dislocación política, ya que varios ejércitos se apoderaron de las diferentes provincias de Occidente, creando en ellas otros tantos reinos independientes: los suevos llegaron a Hispania en el 409; los vándalos se asentaron en la actual Argelia, tradicionalmente granero de Roma, en el 435; y los burgundios se establecieron en las inmediaciones de Ginebra en el 442. Por lo que la autoridad del Imperio romano quedaba reducida a Italia. Para muchos romanos la llegada de los bárbaros supuso un alivio fiscal, por lo que fueron aceptados con agrado en muchos lugares.

3.1. *Hunos*

El inicio de los movimientos migratorios de los llamados pueblos bárbaros estuvo protagonizado por los Hunos, quienes desde Panonia (parte de la actual Hungría, Croacia y Serbia-Bosnia) irrumpieron en Europa, convirtiéndose en la principal potencia dirigente del mundo bárbaro bajo el mando de su principal caudillo, Atila, conocido como “el Azote de Dios”, quien, desde que accedió al poder en el año 434 y durante los quince primeros años, dirigió todas sus campañas hacia Oriente; no obstante, la atracción que sentía por Occidente le llevó a realizar una primera incursión en el año 451, movido por la debilidad en la que se hallaba el Imperio. Remontando el Danubio por la orilla izquierda, atravesó el Rin por los alrededores de Maguncia, asoló Bélgica y llegó a incendiar la ciudad de Metz, alcanzando en ese mismo año la ciudad de Orleans.

A pesar de la derrota que los hunos sufrieron frente a la coalición romana dirigida por el general romano, Aecio, y el rey visigodo Teodorico I, en los “Campos Catalaúnicos o Mauricos”, conocida con este nombre porque tuvo lugar en un sitio espacioso llamado *Maurica*, situado entre Troyes y Châlons, el 20 de junio del 451, Atila realiza en la primavera del año siguiente varias incursiones en Italia, asaltando las ciudades de Milán, Pavía, Padua, Mantua, Vicenza y Verona; llegando incluso a la ciudad de Roma, cuyo asedio respetó después de entrevistarse con el papa León I (440-461), sin que hayan podido saberse los motivos por los que tomó esta decisión, pues la caballería de los hunos tenía fama de ser numerosa e infatigable. El equipo de sus guerreros estaba constituido por el arco reflejo con flechas triangulares, la silla de montar de madera, el látigo, el lazo y la espada de uno o dos filos.

Su ambición le llevó a pretender contraer matrimonio con Honoria, hermana del emperador Valentino III, la cual enfrentada a su hermano, había llegado a ofrecer su mano a Atila; al denegársela el emperador, Atila saqueó Aquilea (452). Poco después, Atila muere la noche posterior a su tercer matrimonio. Los hunos que le sobreviven no son más que una horda mediocre, su imperio no perduró mucho tiempo pues la guerra que enfrentó a los dos últimos hijos de Atila causó su derrumbe definitivo.



Figura 1. *Encuentro de León Magno con Atila*, Rafael Sancio (Palacio Apostólico de la ciudad del Vaticano. Roma).

Las hazañas de Atila aparecen reflejadas en el *Cantar de los Nibelungos*, poema épico de origen germánico, escrito en el siglo XIII, en el cual el rey de los hunos ocupa un lugar destacado en el conjunto de los relatos (Cantos XX al XXII); en los que narra el momento en que Atila queda viudo y se le sugiere desposar a Crimilda, hermana del rey de Borgoña y viuda de Sigfrido, y todo lo que aconteció.

3.2. *Suevos*

El pueblo germánico de los suevos atravesó el Rin en torno al año 406, asentándose en Hispania en el 409. Fue el primer reino independiente for-

mado dentro del territorio del Imperio romano. En un comienzo se instalaron en Gallaecia y Lusitania, pero cuando los vándalos se marcharon al norte de África, realizaron diversas incursiones en todo el territorio peninsular: tomaron Mérida, Sevilla, e incluso una parte de la Cartaginense, quedando únicamente libre de sus devastaciones la Tarraconense.

Lamentablemente no se han conservado fuentes que nos permitan conocer mejor la historia de los suevos, por lo que disponemos de pocos datos. Sabemos que fue el primer pueblo bárbaro que se convirtió al catolicismo, durante el reinado de Requiario (448-456), siendo también el primer rey europeo cristiano que acuñó moneda con su propio nombre. No obstante, rompió el acuerdo que mantenía con el Imperio romano y decidió atacar la Tarraconense, provincia que siempre había sido imperial, por lo que los visigodos, actuando como federados del Imperio, se enfrentaron a los suevos en la batalla conocida como del río Órbigo, y les infringieron una terrible derrota, como consecuencia de la cual, quedaron arrinconados en Gallaecia, es decir entre el Atlántico y Astorga por una parte; y por otra, entre el Cantábrico y el Duero. Requiario huyó y buscó refugio en Oporto donde fue capturado y ejecutado. Los godos se vieron obligados a aceptar el arrianismo de nuevo, hasta que Martín de Braga volvió a convertirlos al catolicismo en torno a los años 560 y 580. Su oscilación religiosa es reflejo de su debilidad.

El reino de los suevos desapareció en el año 585 cuando el monarca visigodo Leovigildo les acusó de haber colaborado en la sublevación protagonizada por su hijo Hermenegildo. Los suevos dejaron en la Gallaecia algunas huellas onomásticas y arqueológicas concentradas en las proximidades de la ciudad de Braga, la que había sido su capital.

3.3. *Vándalos*

También en torno al año 406, los vándalos, pueblo germánico que estaba asentado en las inmediaciones del Báltico, cruzaron el Rin y se establecieron en la Galia. El nombre de *vandali* designa un amplio grupo de pueblos cuyo hábitat se sitúa hipotéticamente en Pomerania (parte de Alemania y Polonia, en el litoral del mar Báltico). La historia establece el primer contacto con los vándalos en el siglo I d.C.

Cuando llegan a Hispania en torno al año 409 no encontraron prácticamente ninguna resistencia pues se encontraba sumida en una guerra civil. Aunque no tenemos muchas noticias de este pueblo durante el tiempo que residieron en la Península, sabemos que tuvieron contacto con el mar y se

convirtieron en unos piratas temibles. En el año 426 atacan las Baleares y dos años después toman la base naval de Cartagena. En el año 429 los vándalos, concentrados en Tarifa, se dirigieron a Tánger, y en poco más de un año recorrieron más de dos mil kilómetros por el norte de África, llegando hasta la región de Tripolitania, saqueando a su paso la ciudad de Cartago, incendiando y demoliendo sus edificios. Los romanos, incapaces de frenar estos ataques, les propusieron un *foedus* (tratado vinculante).

Los vándalos lograron hacerse dueños de las tierras que en África tenían los romanos, ocuparon sus tierras y motivaron que sus propietarios se marcharan a Italia o a Oriente, pues no les confiaron ningún puesto de importancia. No obstante, adoptaron costumbres romanas, incluidos los placeres de las termas y el circo. Los vándalos se convirtieron en un reino independiente por lo que los impuestos que antes aportaba esta región al Imperio dejaron de llegar a Roma.

Uno de los períodos de la historia de los vándalos de mayor expansión se produjo durante el reinado de Genserico (428-477), pues uno de sus principales objetivos fue llevar a cabo una expansión continua, tarea que mantuvo hasta el final de su reinado. Desde Cartago, convertida en capital del reino, la flota del monarca se introdujo por primera vez en Sicilia en el año 440, aunque la verdadera conquista no se produjo hasta el 468. El control de la isla tenía un gran interés no solo por su situación privilegiada en el Mediterráneo, sino por ser lugar de escala en el transporte del trigo que transcurría de África a la ciudad de Roma. En este sentido, tuvo una vital importancia la toma de Córcega, Cerdeña y las Baleares, utilizadas como colonias de explotación y deportación. Al mismo tiempo que proseguían las continuas incursiones a las costas españolas, italianas y griegas, que culminaron con el saqueo de Roma en el año 455.

A la muerte de Genserico, el poder de los vándalos decayó, la obra de su rey fue efímera, y no pudieron sobreponerse al ataque de los bizantinos. Belisario, general romano de Oriente, conquistó el reino vándalo para el emperador Justiniano, denominándose, a partir de entonces, el “África bizantina”.

3.4. Burgundios

Situados en el siglo I en el Báltico, este pueblo comenzó a trasladarse hacia el oeste a lo largo del siglo III. Asentados en un territorio que abarcaba desde el Rin a la Suabia central, quedando bien determinado hacia el año 359 en el que se definen sus límites fronterizos con el Imperio romano.

El contacto que mantuvieron los burgundios con los romanos les permitió el desarrollo de una cierta actividad económica.

En el año 413 firmaron un *foedus* con el emperador romano mediante el cual obtuvieron la parte de la Galia que estaba próxima al Rin. Además, al ser considerados federados de Roma, recibieron una parte del impuesto sobre la renta a cambio de garantizar la seguridad del territorio. A mediados del siglo V (440-443) están asentados en los valles del Saona y del Ródano, región que tomó el nombre de Burgundia, conocida, posteriormente, como Borgoña.

Todos los monarcas burgundios se comportaron como federados modelos de Roma pues siempre se mostraron dispuestos a prestar todo tipo de apoyo y ayuda al Imperio. La ley de los burgundios, conocida como "*Ley Gombeta*", denominada así probablemente por el rey Gondebaldo, quien la hizo redactar en torno al año 500; en la cual se proclamaba explícitamente la identidad de condición entre romanos y burgundios, por lo que fue una de las leyes bárbaras más romana.

No obstante, a pesar de existir una armonía interior y de estar situado en una región de enorme importancia desde el punto de vista estratégico y económico, el Estado burgundio no era muy viable, pues poseía una base étnica demasiado estrecha para rechazar a sus competidores francos

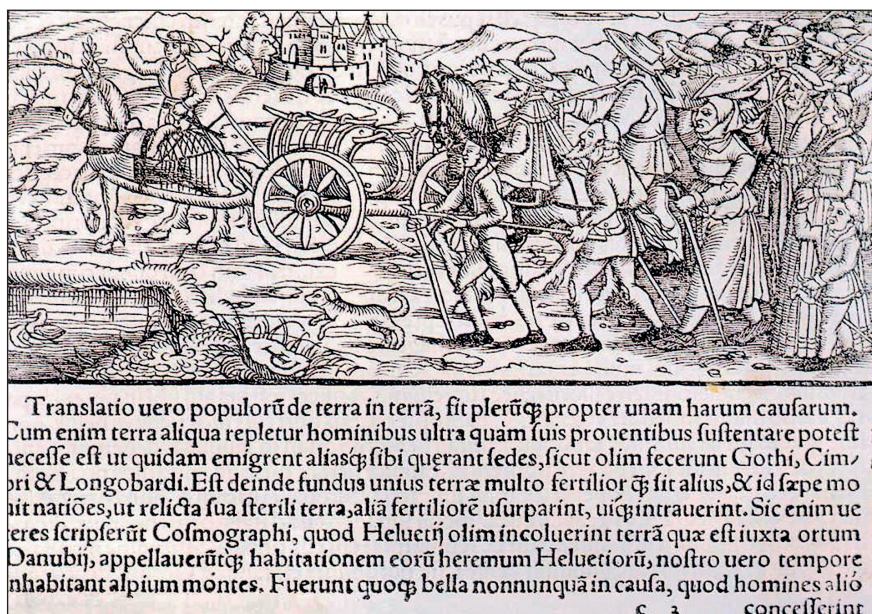


Figura 2. Grabado del siglo XV que representa las migraciones bárbaras.

y godos. El último rey burgundio, Godomaro, fue derrotado por los merovingios quienes ocuparon su territorio, pero respetaron las instituciones y la nacionalidad burgundia, acogiendo algunos individuos al derecho burgundio. La lengua debió de perdurar hasta el siglo VII, e incluso hasta el XI.

3.5. *Godos*

En el siglo IV, los godos después de haber superado sus diferencias tribales aglutinaron a diversos pueblos germánicos y no germánicos. El ataque que sufrieron de los hunos en el año 375, les obligó a pedir asilo en el Imperio, quien acogió a su mayor parte, estableciéndoles en la Tracia (parte correspondiente a Grecia, Turquía y Bulgaria) como *foederati* del Imperio; el resto de la población goda remontó el Danubio por la orilla izquierda, y se estableció en los Cárpatos y en Moldavia, bajo el protectorado de los hunos; produciéndose la división bipartita que domina la historia de los godos: visigodos y ostrogodos como pueblos claramente diferenciados. Los visigodos pasaron al Imperio y se asentaron en los alrededores de la ciudad francesa de Toulouse en el año 418, mientras que los ostrogodos permanecieron en el Danubio.

El Imperio romano fue languideciendo durante veintitrés años, su autoridad únicamente era reconocida nominalmente por los pueblos germánicos. Es más, en agosto del año 410, mientras el emperador Honorio se encontraba refugiado en Rávena, Roma sufrió el ataque de los visigodos dirigidos por su rey Alarico I (370-410) al no haber podido alcanzar ningún acuerdo. Fue un acontecimiento traumático para la población, que motivó la huida de su mayor parte que se encontraba acuciada por el hambre; en el saqueo de Roma se respetó a la gente que se había refugiado en las iglesias, pero la hermana de emperador, Gala Placidia fue tomada como rehén; posteriormente, la ciudad sufrió un nuevo saqueo, protagonizado, como hemos dicho, por los vándalos (455).

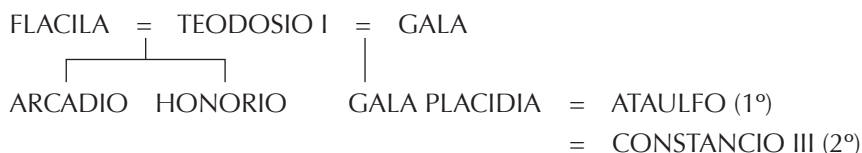
Los últimos emperadores, que actuaron como grandes ineptos, llevaron a cabo una política autodestructiva y se vieron obligados a abandonar la ciudad y a instalarse en Rávena o Milán, perdiendo casi todo su poder; de tal forma que, desde el año 475, el rey visigodo Eurico (466-484) que gobernaba sobre buena parte de la Galia y de Hispania, se convirtió en el mayor poder político de Occidente.

Ante esta situación, Odoacro, jefe nominal del ejército romano destronó al emperador romano Rómulo Augusto en el 476, considerando que el único emperador digno de este nombre era Zenón I, emperador de Oriente

desde el 474, a quien, reconociéndole como tal, le envió a Constantino-
pla las insignias imperiales, con el mensaje de que no era necesario que
hubiese dos emperadores para gobernar. Odoacro fue nombrado rey de Ita-
lia (476-493).

3.5.1. Visigodos

Cuando muere el rey Alarico en el 410, su sucesor Ataúlfo (410-414) condujo a los visigodos hacia la Galia, adueñándose de Narbona, Toulouse y Burdeos. Con el objetivo de establecer la reconciliación con los romanos, tomó por esposa a Gala Placidia, hija del emperador Teodosio I y de Gala, su segunda esposa, y hermana de Honorio, en Narbona en el año 414 en una ceremonia completamente romana; pero los problemas existentes dentro de los propios godos, motivaron que fuera asesinado al año siguiente en la ciudad de Barcelona mientras revisaba sus caballerizas. Durante el reinado de su hermano y sucesor Walia (415-418) el reino visigodo se estableció en Tolosa (la actual Toulouse, en Francia), una de las regiones más ricas y menos combativas del imperio. El nuevo rey firmó con el gobierno imperial un *foedus* en el año 416 mediante el cual los visigodos se comprometieron a entrar en Hispania para eliminar a otros pueblos bárbaros que se habían asentado en la Península Ibérica: suevos, vándalos y alanos.



Durante los gobiernos de Teodorico I (418-451) y de su hijo Teodorico II (453-466) continuaron como *foederati* del Imperio, y en diversas ocasiones se pusieron al servicio de Roma para combatir bien a Atila, a los *bagaudas* hispanos o para eliminar el peligro de los suevos. Se les ha considerado como uno de los pueblos bárbaros más romanizados. Los monarcas visigodos cambiaron incluso sus costumbres: hablaban latín, observaban el “*ius*” (Derecho-objetivo), e incluso llegaron a acomodar su vestimenta a la moda romana; de tal manera que Teodorico II conocía bien el Derecho romano y podía leer a Virgilio.

Con su sucesor, Eurico (466-484), el Reino Visigodo de Tolosa alcanzó su apogeo, pues aprovechando la desaparición del Imperio romano aumentó su poder en la Galia y afirmó su protectorado sobre Hispania. Fue un rey

legislador, codificó la ley germana, hasta entonces consuetudinaria, con la elaboración del llamado “*Código de Eurico*” hacia el año 475, obra clave de la Antigüedad Tardía que puso las bases de la futura legislación visigoda; respetó los cuadros administrativos romanos y nombró a condes y duques tanto godos como romanos. El mismo, aunque conservó el vestido de los reyes godos, asumió voluntariamente los títulos menores del protocolo imperial (*clementia vestra*, *mansuetudo vestra*), pero afirmó su independencia renunciando a las fechas consulares a favor del cómputo por años de reinado.

Durante el reinado de su hijo Alarico II (484-507) se produjo un período de inestabilidad, pues junto con la desaparición del Imperio romano, apareció en el norte de Francia el pueblo de los francos que aspiraban a adueñarse del territorio visigodo. El enfrentamiento se produjo en Vouillé en el 507, batalla que tuvo una enorme trascendencia pues marcó el inicio de un nuevo período en la historia del pueblo visigodo. La derrota sufrida por los visigodos ante el ejército franco motivó el desplazamiento de la población hacia Hispania donde establecieron un nuevo reino, muy diferente al de Tolosa que había sido especialmente galo y ampliamente volcado al exterior, mientras que el Reino Visigodo de Toledo será casi únicamente español y cerrado sobre sí mismo.

A lo largo de la primera mitad del siglo VI la situación tan tensa en la que se encontraba la monarquía visigoda provocó que se produjese una guerra civil. Atanagildo (555-567) logró apaciguar el reino y comenzó a gobernar desde Toledo. Pero fue Leovigildo (573-586) quien, asociado al trono por su hermano Liuva, condujo al reino visigodo a un momento de esplendor al conseguir el dominio de los territorios de Hispania que estaban fuera del poder visigodo, de tal forma que se anexionó los territorios del Reino suevo, asentado en Galicia, zonas de Asturias, León y norte de Portugal. Posteriormente, se dirigió hacia el sudeste peninsular, sometiendo ciudades y fortalezas y adueñándose de ricos territorios y de vías de comunicación que se dirigían a la Bética. Organizó con sus nobles el consejo palatino (*Aula regia*). Al mismo tiempo planeó los matrimonios de sus hijos: Hermenegildo y Recaredo con princesas de otros pueblos europeos dentro de una planificada política matrimonial.

Interesa destacar el hecho de que Leovigildo había enviado a su hijo Hermenegildo a gobernar la Bética, pero éste que se había establecido en Sevilla abandonó el arrianismo en el que había sido educado y se convirtió al catolicismo, posiblemente influenciado por su mujer, la princesa Ingunda, y por el obispo católico San Leandro. Este hecho fue uno de los motivos por el que se produjo el enfrentamiento entre padre e hijo. Leovigildo logró imponerse y aglutinó a la mayor parte del territorio de Hispania bajo su poder, por lo que pasó a la Historia como uno de los grandes gobernantes. Hermenegildo fue ejecutado en el 585.

Sería con Recadero (586-601) cuando se produjese la conversión de los visigodos al Catolicismo hecho que, formalmente, tuvo lugar durante la celebración, el 8 de mayo del año 589, del III Concilio de Toledo, asamblea político-religiosa convocada por el rey y presidida, en este caso por Leandro de Sevilla, creándose una única Iglesia nacional. Durante su gobierno realizó diversas campañas militares en Hispania, e incluso se apunta que muy a finales del siglo VI, Recaredo solicitó la intercesión del papa Gregorio Magno (540-604) para que actuase en el conflicto que se producía en el sur peninsular entre los bizantinos y los visigodos. Recaredo fortaleció su poder y consolidó el reino visigodo de Toledo (*Urbs regia*).

A lo largo del siglo VII se sucedieron numerosos reyes, entre los que debemos mencionar a Chindasvinto (642-653) y a su hijo Recesvinto (653-672), quienes siendo reyes eminentemente guerreros fueron también monarcas legisladores. En el año 654 promulgaron un corpus legislativo conocido como *Liber Iudiciorum*, o Libro de los Juicios, obra clave en la Historia del Derecho español, traducido al romance siglos después con el título de Fuero Juzgo. Veremos como la Edad Media fue una época de intensa creación del Derecho.

A la muerte de Recesvinto, fue elegido rey Wamba (672-680), personaje noble que había destacado dentro de la Corte. Aceptó la corona con la condición de ser proclamado en la *Urbs regia*, por lo que dotó de mayor simbolismo a la ciudad de Toledo. Ya que el 19 de septiembre del año 672 entró en la ciudad y fue proclamado rey. Tras su reinado llega al trono Ervigio (680-687), monarca débil que se mostró inclinado a favorecer a la nobleza haciéndoles grandes concesiones. Accedió a conceder el trono a su yerno Égica, casado con su hija Cixilo, en perjuicio de sus hijos varones. El rey Égica gobernó durante 15 años Hispania (687-702), y resultó fundamental en el devenir de nuestra historia. En el año 701 Toledo sufrió una epidemia de peste por la que los reyes se vieron obligados a abandonar la ciudad. A la muerte de Égica le sucedió en el trono su hijo Witiza (702-710) cuyos últimos años de gobierno trascurrieron, en términos generales, llenos de polémicas, lo que produjo mayor división en el reino, momento que fue aprovechado por Rodrigo para hacerse con el poder del reino visigodo (710-711), bajo cuyo mandato tuvo lugar la llegada de los musulmanes a Hispania.

El hecho de que el sistema sucesorio de los reyes visigodos originariamente no fuese hereditario, sino electivo, dio lugar a enfrentamientos sangrientos, por lo que san Isidoro de Sevilla llegó a pensar que tenía más ventajas el sistema hereditario.

3.5.2. Ostrogodos

En un primer momento, los ostrogodos, sin asentamiento territorial fijo, dirigieron sus amenazas, al igual que otros pueblos, a Constantinopla, de donde fueron rechazados gracias a la habilidad de la diplomacia bizantina que les condujo de manera indirecta a enfrentarse con los que eran enemigos del emperador Zenón I. Es entonces cuando Teodorico, hijo de Teodomiro, es elegido rey de los ostrogodos en el año 474, estableciendo su capital en Novae sobre el Danubio, pero el hecho de haber estado viviendo como rehén en Constantinopla, desde que era un niño hasta que cumplió 18 años, le permitió conocer la cultura romana motivo por el cual decidió marcharse a Occidente, por lo que en el año 448 llega a Italia y ocupa los campos del norte, Milán y Pavía. En el año 493 derrotó y dio muerte a Odoacro, rey de los hérulos, que había depuesto al último emperador del Imperio romano de Occidente, y se instaló en Rávena como rey de Italia (493-526).

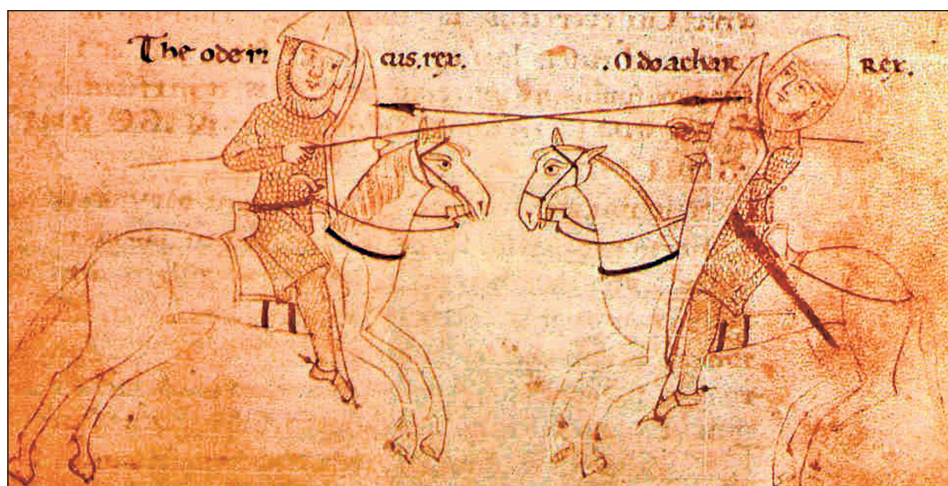


Figura 3. Justa entre Odoacro y Teodorico (Biblioteca Vaticana).

Teodorico el Grande, rey de los ostrogodos desde el 474 al 526, comprendió que la civilización romana era la única base sobre la que se podía levantar un Estado capaz de proporcionar a los ostrogodos una primacía duradera entre los bárbaros por lo que trató de organizar una Italia sobre una base dualista: godos y romanos. Teodorico aparece como una mente muy superior a la de los demás gobernantes bárbaros y, creyendo que era necesaria la solidaridad entre ellos, trató de formar una especie de confe-

deración integrada por los reyes germanos de Occidente. Llevó a cabo una política de alianzas familiares con los demás príncipes bárbaros; él mismo contrajo matrimonio con una hermana del rey franco Clodoveo, y concertó el matrimonio de sus hijas con el burgundio Segismundo, y el de otra con el vándalo Trasamundo. Acogió a todos los guerreros disponibles, alistando en su clientela a los hérulos de Panonia, a los varnos del Rin y a los alamanes, a los que pagaba soldadas tan elevadas que incluso acudían a su servicio gentes desde Escandinavia.

Estableció la capital en Rávena. Fue un gran constructor que levantó palacios, iglesias, baptisterios, e incluso su propia estatua ecuestre. Entre sus colaboradores estuvieron influyentes romanos, considerados por Jacques Le Goff como Padres culturales de Europa. El primero es Boecio (480-524), matemático, estadista, escritor y filósofo, a quien la Edad Media le debe todo lo que sabrá de Aristóteles antes de mediados del siglo XII, fue asimismo uno de los creadores del humanismo medieval y contribuyó a que la música se considerase, según el ideal antiguo, como un instrumento superior de cultura; fue la última mente verdaderamente original que produjo la Antigüedad; junto a él, Casiodoro (485-580), quien fue el principal consejero del monarca y mediador entre el mundo romano-bizantino y la sociedad bárbara, dio muestras de su reconocimiento al pasado de Roma y a sus instituciones, de tal forma que cuando hacía referencia a los antiguos emperadores romanos los mencionaba como *majores nostri*. A la llegada de Justiniano a Italia, Casiodoro abandonó su carrera política y se retiró al monasterio de Vivarium en Calabria, al sur de Italia, donde preparó la educación intelectual de las nuevas poblaciones al traducir obras griegas y copiar obras latinas. Se le considera el precursor de los libros y de las bibliotecas. Fue el primero en preconizar el valor santificador del trabajo intelectual.

Durante su reinado, la ciudad de Rávena vivió una época de esplendor arquitectónico, donde mandó construir una residencia palaciega partiendo de una antigua villa romana. Teodorico no se limitó a la creación de nuevos monumentos, sino que dedicó muchos recursos a la reforma y al mantenimiento de edificios antiguos. Hizo numerosas donaciones para edificar castillos y palacios, así como para mejorar las ciudades. Pero el monumento más emblemático es su mausoleo, edificio de dos pisos de planta decagonal construido enteramente con sillares de mármol unidos en seco, sin argamasa. Su cúpula abovedada está hecha de una sola piedra de once metros de diámetro.

A lo largo de todo este dichoso reinado, Italia gozó de paz y tranquilidad; sin embargo, al final de sus días Teodorico pudo comprobar cómo se preparaba una crisis en su sucesión. A su muerte, el 30 de agosto del año 526, la transmisión de poderes se efectuó sin problemas. Le sucedió su nieto, Atalarico, quien reinó bajo la regencia de su madre Amalasunta,

quien profundamente imbuida por la cultura romana dio a su hijo una educación refinada; a la muerte prematura de Atalarico (534), Amalasunta, con el deseo de mantener el poder, contrajo matrimonio con su primo Teodato, quien, no obstante, la hizo renunciar al trono, exiliándola en una isla del lago de Bolsena, donde posteriormente fue asesinada. Situación que fue aprovechada por el emperador bizantino, Justiniano, pues no reconoció la legitimidad de Teodato e invadió Italia.



Figura 4. Mausoleo de Teodorico (Rávena, Italia).

3.6. *Francos*

Sus orígenes son oscuros, la mayor parte de los historiadores han admitido que surgieron de la agrupación de diversas poblaciones situadas a orillas del Rin inferior. Su avance por el Imperio se produjo de dos formas distintas: por una parte, desde el siglo IV se fueron introduciendo en el interior del mundo romano formando parte de su ejército; y, por otra, fueron colonizando lentamente tierras que habían sido abandonadas por el Imperio. En el conjunto de los pueblos germánicos, los francos eran los que estaban menos romanizados.

Su historia comienza a ser conocida cuando Clodoveo asciende al trono en el año 481 en el pequeño reino de Tournai (en la actual Bélgica) que había heredado de su padre Childerico I, inaugurando la dinastía de los merovingios. Para Jacques Le Goff, el historiador Patrick Geary ha demostrado con claridad que este período “merovingio” constituye un período de transición de la Antigüedad-Tardía al Medioevo en el que empieza a aparecer Europa. El objetivo de Clodoveo era engrandecer su reino, y por ello emprendió varias campañas contra turingios, alamanes, que habitaban el tramo medio del valle del Rin, y de manera especial frente a los visigodos, sobre los que obtuvo una importante victoria en Vouille en el 507, apoderándose de sus posesiones en el suroeste de la Galia, y de Tolosa, su capital.

Tuvo un significado especial su conversión al catolicismo, compromiso que adquirió al casarse con Clotilde, católica burgundia, en el año 492, lo que supuso la conversión de todos los francos al catolicismo, siendo el primer reino bárbaro católico del Occidente, por lo que las siguientes campañas que emprendió se convirtieron en cruzadas frente a arrianos y paganos.



Figura 5. *Bautismo de Clodoveo en Reims por el obispo Remigio*
(25 de diciembre de 496 o 499).

En los últimos años de su reinado eliminó a los reyezuelos francos, fijando su linaje sobre todos ellos. Clodoveo logró también que su propia familia, la dinastía merovingia, quedara instituida como la única rama capaz de dar reyes legítimos a los francos. Fijó la residencia real en París, y su reino fue una síntesis innovadora entre los elementos romanos y germánicos. Comenzó a legislar en latín.

Cuando el rey Clodoveo muere de manera repentina en París en el año 511, el dominio franco se extendía desde el Rin al Atlántico, y del Canal de la Mancha a los Pirineos. La conquista de los francos continuó aproximadamente hasta el año 560. Los hijos de Clodoveo ocuparon el reino burgundio (532-534), arrebataron Provenza a los ostrogodos e impusieron el protectorado franco a los turingios, alamanes y bávaros, estableciendo su hegemonía en amplias zonas de la Alemania central que nunca habían formado parte del Imperio romano. Durante unos años fueron señores del norte de Italia (540-550), y llegaron a ser la potencia más fuerte de todo el Occidente después del Imperio romano. La dinastía merovingia perduró, salvo un intervalo de tiempo, hasta el año 751. Según Lucien Musset fue el Estado más duradero del Occidente bárbaro debido al relativo equilibrio entre sus elementos romanos y germánicos.

La fuerza de la dinastía merovingia era tan significativa que los reyes podían acceder al trono siendo niños actuando como regentes sus madres; tal fue el caso de Fredegunda, madre de Clotario II, y Brunilda, regente de su hijo Childeberto II y posteriormente, cuando su hijo fallece, de su nieto, Teodeberto II. Durante los años 640 y 660 los nietos y biznietos de Clotario también contarán con otras reinas regentes. No obstante, la regencia de las mujeres siempre constituía un tema polémico, por lo que a menudo se impugnaba la autoridad de estas reinas.

Al ser el reino franco tan extenso, la riqueza y el poder no sólo estuvieron en manos de los monarcas, sino también en las de sus principales aristócratas. Muchas de estas destacadas familias llegaron a fundar monasterios con el objetivo de afianzar su linaje; tal fue el caso de Ida y Gertrudis, viuda e hija de Pipino I, que fueron la fundadora y la primera abadesa, respectivamente, del convento de Nivelles (Bélgica) en la década del año 640. De tal forma que los aristócratas se fueron convirtiendo en personajes políticos de forma independiente.

Cuando muere Childerico II (675), las familias aristocráticas se enfrentaron entre sí, imponiéndose el linaje de los Pipíneos después de la batalla de Tertry (687); no obstante, a la muerte de su vencedor, Pipino II de Heristal, se produjo una guerra civil entre sus herederos, haciéndose con el poder Carlos Martel, hijo ilegítimo de Pipino, quien consiguió reconquistar gran parte de las tierras que se habían declarado autónomas, extendiendo sus domi-

nios hasta la Provenza. Sus hijos Pipino III y Carlomán I extendieron también su potestad por Alamania y Aquitania.

3.7. *El reino lombardo*

Aunque el origen de los lombardos no está muy definido, se les sitúa a orillas del río Elba, desde donde realizaron diversas incursiones; a lo largo del siglo V se encontraban en parte de la actual Austria, pero a comienzos del siglo VI, se trasladan a Panonia y se convierten en jinetes seminómadas. Por entonces, su rey Waco consigue un gran prestigio al casar a sus hijas con reyes merovingios y por mantener buenas relaciones con el Imperio bizantino.

Cuando el emperador Justiniano expulsa a los ostrogodos de Italia, los lombardos abandonan Panonia (actual Hungría) y conquistan Italia en torno al año 568. El rey Alboino (m.572) se hace con el poder de la región de Aquilea, y poco a poco sus tropas se fueron apoderando de los *castella* del Véneto; y, en poco más de un año, el reino lombardo se asienta en la llanura del Po y se adueña de Milán; dos años más tarde, arrebatan a los bizantinos Pavía, convirtiéndose por su situación al norte de Italia, región de Lombardía, en el punto de partida de numerosas expediciones. En pocos años los lombardos ocupan la mayor parte de la Italia septentrional y central.

No obstante, los lombardos no supieron establecer una sólida formación política, y no llegaron a formar un Estado nacional coherente como el que habían constituido los francos en la Galia o los visigodos en Hispania; la monarquía fue abolida, pues tras la muerte de Alboino y de su hermano Clefi (574), los duques no logran ponerse de acuerdo para elegir a su sucesor, y durante una década (574-584) permanecen sin rey; por lo que el poder recayó en jefes de bandas, que condujeron a un Estado de “anarquía militar” en el que los ejércitos vivían del botín. Su asentamiento se realizó, en gran parte, bajo la forma de colonización militar heredando de los romanos su carácter eminentemente urbano y su latinidad.

Por entonces, el rey Agilulfo (590-616) se convirtió a la fe católica, pero fue su esposa, la reina Teodelinda, quien dio verdaderamente un impulso a la conversión de su pueblo al catolicismo, al mandar construir iglesias en Lombardía y Toscana, entre las que podemos citar la catedral de Monza y el primer Baptisterio de Florencia. Aunque sería durante el gobierno de Liutprando (712-744) cuando se produjo la conversión del pueblo lombardo al catolicismo.

Después de unos años en que la monarquía fue restaurada sin mucho éxito, en el año 774 el reino lombardo cayó en poder de los francos al conquistar su capital, Pavía. La historia de los lombardos es conocida debido a la obra *“Historia Langobardorum”* de Pablo el Diácono, monje benedictino fallecido en el año 799.

Aunque el derecho y el ejército, propiamente lombardos, fueron, en parte, eliminados o asimilados por los francos después de la destrucción del reino por Carlomagno, la llamada arquitectura lombarda, basada en formas de la arquitectura cristiana primitiva y romana con notables aportaciones orientales, dejaron su influencia en las llamadas “bandas lombardas”, pilas-tras verticales que sobresalen del muro y están unidas a la parte superior por unas arcadas. Ejemplos, aunque de época posterior, son las construcciones de san Ambrosio de Milán y san Miguel de Pavía.

3.8. *Anglos y sajones*

Junto a las grandes migraciones terrestres se desarrollaron otros movimientos de carácter marítimo que afectaron a las zonas costeras de la Europa del Noroeste. Fue el pueblo de los hérulos quien inicia desde Dinamarca el primer movimiento. Pero el avance más importante estuvo protagonizado por los sajones, frisonos, anglos y jutos, quienes desde la zona costera comprendida entre la Península de Jutlandia y el Rin se dirigieron hacia Britania.

La falta de fuentes documentales fiables no ha hecho posible dar una explicación clara sobre las causas que motivaron estos desplazamientos, se han alegado causas geológicas y demográficas, y también que pudiera ser que estos movimientos estuvieran propiciados a consecuencia de los progresos de la construcción naval, o por la existencia de posibles tesoros monetarios escondidos en zonas costeras.

El papel de los frisonos es poco conocido, únicamente se sabe que la expansión frisona se efectuó hacia el nordeste, primero entre los ríos Ems y Wese en la parte noroccidental de Alemania, y posteriormente, entre los ríos Elba y Eider, para ocupar el lugar que habían abandonado los sajones.

El origen y evolución de los jutos se hace todavía más difícil, Beda el Venerable (672-735) historiador y monje benedictino que escribió *“Historia eclesiástica de los pueblos Anglos”*, les atribuye la colonización del condado de Kent, de la isla de Wight y de una parte del condado de Hampshire, pero no hay uniformidad por parte de los historiadores en esta afirmación.

Algo más sabemos de los anglos. Procedentes en su mayoría de la costa oriental del Schleswig (Alemania) se movieron a Britania. Su lengua y civilización no difieren mucho de las sajonas por lo que ambos movimientos están estrechamente relacionados. El motivo por el que emigraron a Britania está relacionado con el hecho de que en tiempos del emperador Marco Aurelio, finales del siglo II, se habían escondido depósitos monetarios cerca de los ríos Támesis y Wash, que constituían dos importantes entradas a Inglaterra.

La conquista de Inglaterra debió de producirse a mediados del siglo V. Los primeros colonos se asentaron en el tercio oriental de la isla, pero no se conoce la fecha de la ocupación de ninguna ciudad pues éstas perdieron cualquier significación. Los estudios realizados han llevado a pensar que el avance no fue continuo ni uniforme, pero no han permitido conocer con exactitud cómo se produjo la desaparición de la población indígena, por lo que este hecho ha llegado a ser uno de los problemas más misteriosos de la historia inglesa.

A mediados del siglo VI cesaron los desembarcos procedentes de ultramar, momento en el que la conquista sajona adquirió un estatuto regular con la fundación de los principales reinos. De tal forma que, en el siguiente siglo, el espacio donde nacería la Inglaterra medieval estaba totalmente ocupado y la lengua inglesa se había impuesto en todo el territorio; únicamente tomó del bretón, lengua céltica que se hablaba en el oeste de Britania, unas 15 o 16 palabras, y los nombres de algunas grandes ciudades: London, York o Lincoln, y de algunos ríos importantes, como el Támesis.

Inglaterra quedó constituida en doce reinos, que aun siendo de rasgos muy distintos, mantuvieron las instituciones políticas sustancialmente idénticas. Siete de ellos formaron la denominada “Heptarquía anglosajona”, integrada por tres estados de fundación sajona: Essex, Sussex y Wessex; otros tres estados creados por los anglos: Mercia, Anglia Oriental y Northumbria; y el estado de Kent, situado en el sureste, fundado por los jutos.

4. Organización política y legislación

Con la llegada al poder de los barbaros se mantuvieron las estructuras políticas del gobierno provincial del Imperio romano, siendo ayudados en las responsabilidades civiles por oficiales romanos, manteniendo por su parte, el mando militar. Es indudable que en la formación de las distintas monarquías que surgieron en ese momento, tuvo una incidencia notable el grado de romanización de los diferentes pueblos germánicos. Hay que

tener presente, las diversas circunstancias de su asentamiento y formación, la situación geográfica, el grado de relación mantenida con los conquistados, la propia personalidad de sus jefes, las instituciones que se desarrollaron, las leyes que se fijaron por escrito, así como su propia evolución política a lo largo de los siglos IV a VIII.

En términos generales podemos decir que la forma de gobierno de los reinos “barbaros” era una combinación de estructuras heredadas y de procedimientos e innovaciones diseñados para adaptarse a las circunstancias locales. No obstante, las formas concretas en que surgieron los líderes políticos y las instituciones en los siglos V y VI son a menudo oscuras. En el caso de Britania solo existen conjeturas, a la vista de los análisis arqueológicos, para determinar lo que sucedió después de que el gobierno central romano dejase de ser eficaz. La evidencia arqueológica de Inglaterra indica que esos pequeños reinos estaban empezando a cristalizar en torno al año 600. Sin embargo, se conoce mejor lo sucedido en el continente debido a la existencia de fuentes documentales, en las que se pone de manifiesto que los nuevos gobernantes son identificados como los reyes de los pueblos que ahora ocupaban las provincias romanas ejerciendo su mando sobre una población mixta.

Sin embargo, no existe uniformidad entre los historiadores sobre los orígenes e identidades de estas gentes: romanos, galo-romanos, hispano-romanos, romano-británicos, pictos, escoceses, francos, godos, lombardos, burgundios, suevos, alamanes, vándalos, anglos o sajones. Pues no se trata de una cuestión étnica, sino que, en su opinión, son parte de un proceso descrito por los estudiosos actuales como etnogénesis. Siendo las victorias obtenidas sobre sus rivales por el poder las que consolidaron el sentido de lealtad de sus fieles seguidores y su pertenencia política.

Entre los rasgos comunes de estos pueblos germánicos podemos señalar la existencia en todos ellos de la *realeza* como institución básica. El rey era el líder del ejército, asumía la responsabilidad del mantenimiento de la justicia y la paz, y al igual que lo hicieron los emperadores romanos, promulgaba la legislación y lo hacía con el acuerdo y consejo de todos sus hombres principales. Pero, sin duda, fue el elemento guerrero de la monarquía uno de los componentes primordiales que explica su funcionamiento.

Los reyes germánicos estaban dotados de poderes que, en teoría, eran amplísimos. Ejercían su poder apoyándose en elementos esencialmente bárbaros, prevaleciendo uno de ellos, el *ban* o poder que todo monarca germánico tenía para impartir órdenes o dictar sentencias. En algunos casos, se intentó dignificar a la persona del monarca, como sucedió en el reino visigodo, donde los monarcas fueron ungidos al ascender al trono, lo que le daba un carácter sacro a su función.

Aunque en un principio la monarquía fue electiva entre los príncipes, duques y hombres destacados; con el paso del tiempo, tendió a vincularse a una dinastía o a una familia, aunque no tuvo el mismo carácter en todos los pueblos. Por ejemplo, en el reino vándalo, Genserico quiso imponer el sistema agnático de sucesión al trono, por el cual el reino no podía pasar a manos del mayor de los príncipes de la familia reinante perteneciente a la segunda generación, hasta que no hubiera fallecido el último de los miembros de la primera; de tal modo que los hermanos del rey muerto tenían un derecho preferente sobre los hijos del difunto, lo que fue origen de muchas rencillas y violencias. En el reino visigodo existen vestigios inequívocos de este mismo sistema agnático y del derecho de sucesión familiar, aunque se suele hablar de un sistema electivo. En el reino merovingio, el rey gozaba de poderes absolutos y esto le convertía de hecho en “propietario” del territorio, pudiendo dividirlo entre sus hijos. En otros reinos, como sucedió en los reinos anglosajones, los gobernantes eran escogidos de entre los varones de un grupo parentelar, no produciéndose la sucesión dinástica hasta el siglo IX. En el reino franco y en el Imperio Bizantino, la posición de la reina era en parte debida a su capacidad de dar a luz herederos masculinos.

En las formas de gobierno occidentales de Europa, la reina parece haber sido responsable de los asuntos domésticos de la casa real con oficiales a su cargo, y del manejo del dinero para asuntos relacionados con la provisión de la corte. En ocasiones también participó en tareas de gobierno, o interviniendo y manejando los hilos para la elección del heredero, como sucedió en el caso de la reina Goiswintha, esposa de Leovigildo, reina de los visigodos que tuvo una gran importancia dentro de la corte toledana, quien según nos cuenta san Isidoro de Sevilla, conspiró contra su hijastro Hermenegildo y contra su propio marido. O Rosamunda, reina de los lombardos, quien se confabuló con éxito para asesinar a su marido, el rey Alboíno (m.572).

Las reinas del período Altomedieval emularon las actividades culturales de las emperatrices bizantinas del siglo V, como se puede apreciar en la obra de Teodelinda, reina de los lombardos casada con Autario, en el siglo VI, quien mandó construir iglesias en Lombardía y Toscana, entre las que se encuentra la Catedral de Monza, en uno de cuyos frescos se narra su historia, y el primer Baptisterio de Florencia; o en Judith, segunda esposa del emperador Luis el Piadoso en el siglo IX. Otras reinas actuaron como regentes de sus hijos jóvenes o de sus nietos, como fue el caso de Amalasunta, reina de los ostrogodos, que fue regente de su hijo Atalarico en el siglo VI.

La corte era itinerante, estaba donde se hallase el rey, su presencia física era una manifestación física del poder del rey. Recordemos, por ejemplo, que hasta el año 576 no se fijó en la ciudad de Toledo la capitalidad del reino visigodo, e incluso, después de esta fecha los monarcas no residieron

habitualmente en esta ciudad. Una corte itinerante vivía en palacios urbanos o rurales y en pabellones de caza. El rey y su séquito solían ser invitados por obispos y abades en las grandes sedes y monasterios del reino, donde disponían de alojamientos especiales como pueden observarse en los planos de las excavaciones de san Vincenzo al Volturno, monasterio benedictino situado en el centro de Italia, en la provincia de Isernia, en el siglo IX.

Entre los funcionarios del *Palatium* o Curia central, existían algunos cargos de origen romano, como el *referendarius*, jefe de los escribas, empleados o notarios reales, el *comes stabuli*, caballerizo mayor o condestable; los *comités consistoriani* o condes consistoriales de la Italia ostrogoda; el *cubicularius*, tesorero real o chambelán; los *camerarii* o camareros, etc., y otros funcionarios de origen germánico, como eran el senescal, jefe de los domésticos o el mariscal, jefe de la caballería y las armas reales. La explotación de las *circunscripciones* reales (*fisci*, o territorios del fisco) estaba regida por los *domestici* o intendentes.

Los reyes visigodos del siglo VII gobernaron principalmente a través de grandes y complejos Concilios que solían celebrarse en la ciudad de Toledo, asambleas eclesiásticas continuadoras de la tradición sinodal romana. Con el paso del tiempo, la celebración de estas asambleas se fue perdiendo, siendo sustituidas por asambleas parciales de los hombres libres de cada comunidad. El orden del día y las decisiones de estas asambleas de los siglos VIII y IX se representaban en capitularios, actas conciliares y cartas de folio único donde quedaba constancia escrita de las decisiones legales. Estos documentos dan una amplia indicación de la variedad de asuntos que se discutían en ellas.

Dentro de las estructuras políticas cobra también una especial importancia la aristocracia. Los hombres reunidos en la corte actuaban como consejeros del rey y funcionarios dentro de palacio, teniendo presente que para el período Altomedieval no se puede delimitar estrictamente sus esferas de jurisdicción. Los germanos que constituían la élite militar constituían una minoría frente a la población indígena y formaban la clase dirigente en los distintos reinos. Junto a esta nobleza, se formó una nueva nobleza formada por obispos arrianos o católicos, por la guardia personal del rey que le prestaba un juramento especial, y por aquellos que se hallaban vinculados al soberano por la *comendatio*, lazo indestructible. En pago a sus servicios, estos colaboradores conocidos como *gasindi* y *optimates*, en Italia; o *fideles* y *gardingos* en la España visigoda; o *gesith* en el reino anglosajón de Wessex, recibieron concesiones de tierras *beneficia*, en un primer momento, mientras durasen sus servicios y, más tarde, en plena propiedad con exenciones de impuestos y otros derechos derivados de su elevada consideración social.